

Cuento

Primer lugar, 1987

LA CIUDAD DE LOS ESPEJOS

Jaime Mendoza Jiménez*

Esto es extraño. Quién iba a pensar que después de muchos años volvería al lugar de mi nacimiento. A muy poca gente le agrada esta ciudad; dicen que sus habitantes prefieren el *baby shower* al bautizo, el "al-lo" a los buenos días; hubo un tiempo en que los niños no conocían la moneda nacional. Tengo pocos recuerdos de Tijuana: amigos y conocidos a quienes no visito. Aquí me pasaron cosas chistosas y tristes, como en todas las ciudades que he visitado. Aquí también experimenté el primer enamoramiento, o tal vez el único; ahora que lo recuerdo me da risa y me tapo la boca con la mano; recuerdo mi timidez y pienso que no he cambiado ni en la forma lenta de caminar.

No sabía cómo pedirle a Rosa Elena que fuera mi novia. Durante dos semanas me la pasé preguntando a los amigos qué platicaban a sus amigas cuando salían juntos; iba a un espejo y frente a él decía: "Eres un idiota, imbécil". Era ridículo, cómo había sucumbido ante la ternura y la delga-

* Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

dez de Rosa Elena. Yo, el joven ladrón que entraba y salía de los juzgados envuelto con una jovencita a quien le mentí diciendo que era estudiante modelo y que no me juntaba con los "cholos". Desde entonces me di cuenta que era el mayor mentiroso del mundo. Para mí el mentir era una forma de proteger esa soledad, ese rencor que sentía en mi ciudad natal; era una manera también de conquistar lo deseado, y esa vez fue un camino para acercarme a Rosa Elena. A ella la conocí en una maquiladora, llevaba una bata azul y el cabello recogido hacia atrás, en forma de chongo. Una pregunta entabló una relación íntima que en ese momento ninguno de los dos consideró posible. Habíamos estado juntos durante más de media hora y ella se limitaba a revisar solicitudes de trabajo. Me dijo: ¿Tú eres el muchacho para la bodega? Asentí con la cabeza y extendí un fólder con mis papeles. Éstos se quedaron sobre la mesa y aguardaron la revisión otra media hora más. Tuve ganas de irme pero se me vino la curiosidad de preguntarle a esa muchacha —todavía no sabía su nombre— sobre su tardanza en atender a la gente. Recuerdo bien cómo Rosa Elena me veía de reojo, no a mí, sino a mi vestimenta, que en aquellos días la usaban los jóvenes malos o delincuentes —según la policía: la camisa de fuera, una red sobre el cabello hacia atrás y un pantalón, así de guango.

Obtuve el trabajo en la bodega, en el turno de las doce de la noche a las siete de la mañana. Aunque parezca falso me asusté frente a las nuevas labores. Mientras el jefe de producción indicaba las tareas, cientos de jóvenes iban y venían cargando cajas

de cartón que colocaban en mesas larguísimas, donde otros las etiquetaban y las subían a "trailers"; miré las manos y dije: "Nunca la haré aquí".

En los primeros días la actividad se apoderó de mí, también me dieron ganas de abandonar el trabajo. Sin embargo, la presencia de Rosa Elena me mantenía ahí. Cuando etiquetaba muñecas sobre la primera mesa que daba a la entrada de las oficinas, levantaba la vista y ella —atrás de la ventana— fingía mirar su reloj y luego volvía a sentarse. Nunca supe si yo era el objeto de su atención o esa extrañeza —también— de tener un hombre nuevo en una maquiladora donde abundaban más las mujeres. Con gran dificultad me adapté a la media hora para comer y jamás los demás trabajadores se acercaron a preguntarme quién era; entraban y salían indiferentes. Me sentí molesto pero no sabía cómo invitarlos a compartir los alimentos; he sido bastante reservado ante gente desconocida. A veces pienso que eso es uno de mis pecados: hablar poco y cuando quiero, y si a eso se le puede considerar un valor, siempre fui un hombre orgulloso; con esa inseparable quietud en la vida, en los quehaceres de la vida que generalmente es rápida y espontánea; y no como yo, pensando hasta en el saludo adecuado y luego actuando con temor al fracaso, al rechazo según de lo que se trate. Ando siempre en el aire. Esto me causó varias llamadas de atención del jefe de producción, quien exigía más esfuerzo y comparaba las pocas muñecas etiquetadas con un montón de otras empacadas por la compañera a mi lado. Esa maldita competencia que me había llevado a abandonar la casa, la encontré ahí, esa competencia que


me encerraba en los muros del silencio, que me hacía sentir torpe y poco inteligente frente a mis hermanos, que me hizo desistir de mis proyectos y me hundió en un sentimiento de inutilidad. Tuve ganas de abandonarlo todo, pero la nueva costumbre de entrar y salir a una hora fija, rompió mi libertad y paradójicamente, comenzaba a gustarme el olor de cartón al momento de sacudirlo contra la mesa, esa mesa parecida a la memoria: gruesa y con pequeñas manchas negras.

Nunca trabajé horas extras. Aunque no tenía otro quehacer me gustaba pasearme en camión por toda la ciudad, sin rumbo fijo; luego caminaba por la elegante calle Revolución, admirando la belleza de mujeres y soportando revisiones injustificadas de oficiales que me abrían de piernas contra la pared, con los brazos levantados. Hay un dicho que me lo repetía para justificar la soledad: más vale solo que mal acompañado.

Me daba igual cobrar al último o inmediatamente, de todas formas Rosa Elena me daba el sobre con mi salario. En uno de esos fines de semana supe su nombre. Estábamos alineados como veinte jóvenes. Eran las siete de la tarde, teníamos ahí una hora, nos habían citado porque la empresa no sacó el dinero suficiente del banco para pagarnos durante la mañana. Bastante intranquilo me sentaba y luego me paraba. Rosa Elena salió y me llamó. Cerca de ella su belleza sencilla era más llamativa, y preguntó mi nombre y se lo di y dije que era una excepción porque yo había trabajado con entusiasmo y cuando tuviera algún problema lo trataría con ella y no sé cómo pero me salió la edad y la de ella y estuvi-

mos conversando como si nos conociéramos de antes y vi un gafete sobre su bata que decía Rosa Elena Pecovich-Gerente y me apené por mi tutería con ella y luego dijo que si me quedaba el camino al centro y asentí con la cabeza y nos fuimos en su coche hablando del placer de trabajar en una maquiladora y quedamos de ir a un café la semana siguiente y me dejó en una esquina y esa sorpresa no me dijo nada y me fui a la casa y en la casa descubrí que había olvidado el sobre con el salario y esa noche no cené.

Rosa Elena comenzó a saludarme de mano, a preguntar si deseaba otro horario de trabajo, fue como un tapón que cerraba mi vacío. Me sentí alegre y diferente junto a ella, pero también me sentí humillado. Ella había llevado la iniciativa de hablarme y de bajar de su posición de gerente a la de platicar con un simple obrero, pobre y monótono. Salimos juntos muchas veces. Íbamos a lugares sencillos y baratos o caminábamos calles largas para luego regresar a su coche. El tiempo y el abandono pasaron como dos jinetes solitarios por el llano de mi pensamiento. En un café la sentí más cercana: Habíamos platicado durante mucho rato, le leía algunas cursilerías que ella llamaba poemas, le gustaron y decía que era mi musa, y con la idiotez de siempre le respondí que sí. Imbécil, imbécil, imbécil, mil veces imbécil. Espontáneamente la besé, le dije que nunca me dejara. "Claro que no", dijo. Recorrió con las manos mi espalda, yo las tenía sobre las rodillas, fue suficiente haberla besado, totalmente me había entregado, ésa era mi enfermedad: Entregar o dar todo; enfermedad que me dio desde niño an-



te el menor detalle de afecto y al mismo tiempo fue mi condena, el odio de mi padre para conmigo. Él, cuando llegaba borracho, me jalaba a su cuarto y decía: "No llore, en esta vida es necesaria la dureza, si no la gente se ríe de uno. Cree que yo no siento nada cuando todos lo ningunean y lo veo inútil, tonto. ¿Usted cree que yo no siento dolor al ver una familia desunida, que yo no tengo derecho a llorar? ¿No me habla, no me contesta? En las noches yo también siento lo mismo que usted y me dan ganas de llorar pero cierro la boca, cierro la boca, aprieto las manos contra el suéter o contra la almohada y ni una lágrima sale de mis ojos, ni una lágrima. A usted no le estoy pegando y ya está llorando. Usted me da... no sé qué" ¿Por qué daré lástima y risa?

A Rosa Elena le daba mucha risa cuando me veía. Ella y yo salimos juntos un poco más de un mes. No me faltaron detalles para mostrarle mis sentimientos, a veces le regalaba una flor, una muñeca y la trataba como niña porque me di cuenta que le gustaba recordar esa infancia llena de protección, le hacía bromas, le llamaba por teléfono para decirle que la falda negra le quedaba bien con una pañoleta al cuello y con lo negro de sus ojos, que por favor fuera perfumada a la cita, que ya no llevara el coche porque son los hombres quienes pasan en automóvil por las mujeres y no al contrario, que ya no me regalara nada pues eso también le corresponde al hombre; que no le extrañara la escasez de mi ropa, pero eso sí, iría a la cita bien fajado, sin la camisa de fuera y el cabello —antes hacia atrás— peinado a la moda —con fleco y algunos pelos le-

vantados— y así ya no sintiera vergüenza. Los dos decidimos hacer a un lado nuestros diferentes mundos —o esas palabras intolerables: diferente clase social— y vivir juntos en un apartamento modesto del Boulevard Agua Caliente. De hecho ella lo compró y lo amuebló. Con el salario yo me limitaba a cumplir con los regalos diarios, aunque sencillos le gustaron mucho a Rosa Elena. A ella le ofrecieron un trabajo mejor en una empresa de computadoras. Tuvimos buenas relaciones y ninguno se quejaba del otro. Quien llegaba primero a la casa preparaba la cena o designaba el lugar para ir a cenar. Los fines de semana se pasaron en Ensenada y como dos recién conocidos, nos divertía nuestra forma de bailar en los centros nocturnos. A veces nos acompañaba un amigo de un amigo que conocía la historia de nuestro noviazgo. Ya en la casa al recordar lo de las noches anteriores me daba mucha risa ese amigo, nunca supe su nombre y me refería a él diciendo: el Amigo del Amigo se puso una "briaga" que andaba bailando disco con música ranchera. Era fotógrafo y comenzó a visitarnos los jueves. Como soy corto para eso de la platicada, dejaba a Rosa Elena que lo atendiera. Al saludarme decía que yo tenía una mujer hermosísima, yo movía los hombros como diciéndole que me daba igual si estuviera fea o bonita. Muchas veces el Amigo del Amigo insistió en retratarme desnudo. Qué le pasa a éste, pensé. Aunque el volumen del televisor era alto, podía escuchar las risas y de lo que platicaban él y Rosa Elena, incluso oía el movimiento de la cuchara al endulzar café, el voltear de tortillas sobre un comal, de cuando se senta-



ban en sillones, de cuando ella le decía que por lo menos el Amigo del Amigo platicaba..., de cuando son reían y Rosa Elena le aseguraba que únicamente se vestía para él, de cuando se preguntaban sobre la música preferida, de cuando ella le decía que él era como una piña en almíbar, de cuando oían una canción de rock y el Amigo del Amigo se la cantaba al oído, de cuando pasaron del rock a la música romántica. Todo esto lo veía por un espejo colgado de una pared que dividía la sala del baño y del cuarto de Rosa Elena. Luego ella se asomaba al sillón que estaba junto a la entrada de la casa.

—¿Todavía estás viendo el fútbol?

—Sí— le dije.

—No pienses cosas malas —dijo ella al cruzar por un pasillo angosto con un vestido rojo—. Si quieres duérmete.

Permanecí callado. Ellos continuaron con su plática. Comenzaron a bailar con el volumen quedo del estéreo. Rosa Elena llevaba un vestido unido por una cinta, traía la espalda descubierta; la mano del Amigo del Amigo estaba firme, su boca remojava la piel de ella; una canción se repitió más de tres veces, después ignoraron lo que escuchaban y el lugar y mi presencia. Él, rozaba el seno de Rosa Elena, pero ella se resistía para luego prolongar ese placer; también le acarició las piernas y pronto le quitó la cinta que unía el vestido; la encontró sola, como una cueva a la que se aluza con un cerillo; se tiraron a la alfombra y se estrecharon en movimientos ancestrales hasta que Rosa Elena quedó satisfecha, vencida bajo el cuerpo del Amigo del Amigo; yo estaba nervioso, colorado por el sudor y lo caliente de la cara; las piernas me dolían; entonces recordé a

mi padre. No sólo era un tonto, sino también un cobarde. Debí haber nacido en la basura, en una calle en medio de perros muertos o en el asiento trasero de un coche abandonado. Al día siguiente encontré el apartamento vacío y una caja de cartón con mi ropa. Abrí la ventana y pensé: Te odio, madre. Te odio. Me hiciste cobarde y débil. Me contagiaste las enfermedades de la soledad, la tristeza, el vacío, la desesperanza, el abandono. Me condenaste con sólo tenerme. Di una patada a la pared y bajé las escaleras.

Sí, fue en esta ciudad donde Rosa Elena me abandonó. Para mí aquel tiempo era de desilusión e incomprensión. No sé por qué la gente no se adapta a mí o yo a ella. A Rosa Elena la busqué en la empresa de las computadoras y en la casa de sus padres, pero nadie supo nada. Días difíciles y por qué no, de mala suerte. Me dediqué a pasar ilegales al otro lado. En un camino a Los Ángeles, en Oceanside, me agarraron con seis guatemaltecos y un argentino. Ellos declararon que yo los traía desde Sinaloa. Me mandaron a corte y estuve un año en una cárcel de San Diego. Al regresar a Tijuana comencé a beber más. Afuera de una cantina rompí una botella en la cara de un policía municipal: Estuve otros dos años en la cárcel federal de Mexicali. Durante este tiempo mis padres se divorciaron, dos hermanos murieron en un choque y nunca supe dónde los enterraron. Mi hermana la mayor se casó en México y no me invitó, claro, con mucha razón. Después anduve en las ciudades fronterizas de éste y el otro lado, buscando aventuras con mi inseparable ropa que se entristece al proteger un cuer-

po gastado y viejo. Tengo cincuenta años y todavía siento vergüenza al recordar esto. ¿Y Rosa Elena? Una vez que pasé por aquí —no sé a qué— me dijeron que andaba en el sur. Pero para ese entonces ya no me interesaba.

Ahora que estoy parado junto a la ventana, pienso que quizás no perdí el tiempo; me he salido de él, cayendo en la debilidad, en la impotencia ante esa frase de mi madre: Eres un don nadie. Tengo hambre y no hay de comer. Aquí está mi cama y una sábana y una colcha. Me dijeron que una tabla aliviaba los dolores en la espalda. En verdad nunca tuve para un colchón y cobijas elegantes. De aquí a la puerta hay un clóset vacío. Hacia la derecha una cocina y un baño, el cual rompe el silencio cuando jalo la plancha y el agua baja al drenaje. Agua fría en la regadera. Vuelve el silencio. Los moscos han conquistado el techo y las paredes. Recargados sobre éstas permanecen unos siete espejos que mis padres compraron. Siento como si estuviera parado en siete lugares distintos. Un caballo se acerca por un espejo, atrás vienen otros como si lo siguieran. En el primero viene montado un hombre. Soy yo: mi imagen. Imagen desmonta y se me queda mirando como si se asombrara del cuerpo, de mi vejez alarmante. Amarra su caballo a la regadera y da vueltas a mi alrededor.

—Eres un buen soñador— dice Imagen—. Pero debes abandonar el pasado y vivir en el presente.

Ella y yo habíamos convivido durante muchos años, yo me separé por el deseo de olvidar la ciudad natal. Nuestra amistad perdura ante la distancia y los recuerdos indeseables. Imagen dijo que me amarrara

un pañuelo en el ojo izquierdo y ella se puso otro en el derecho.

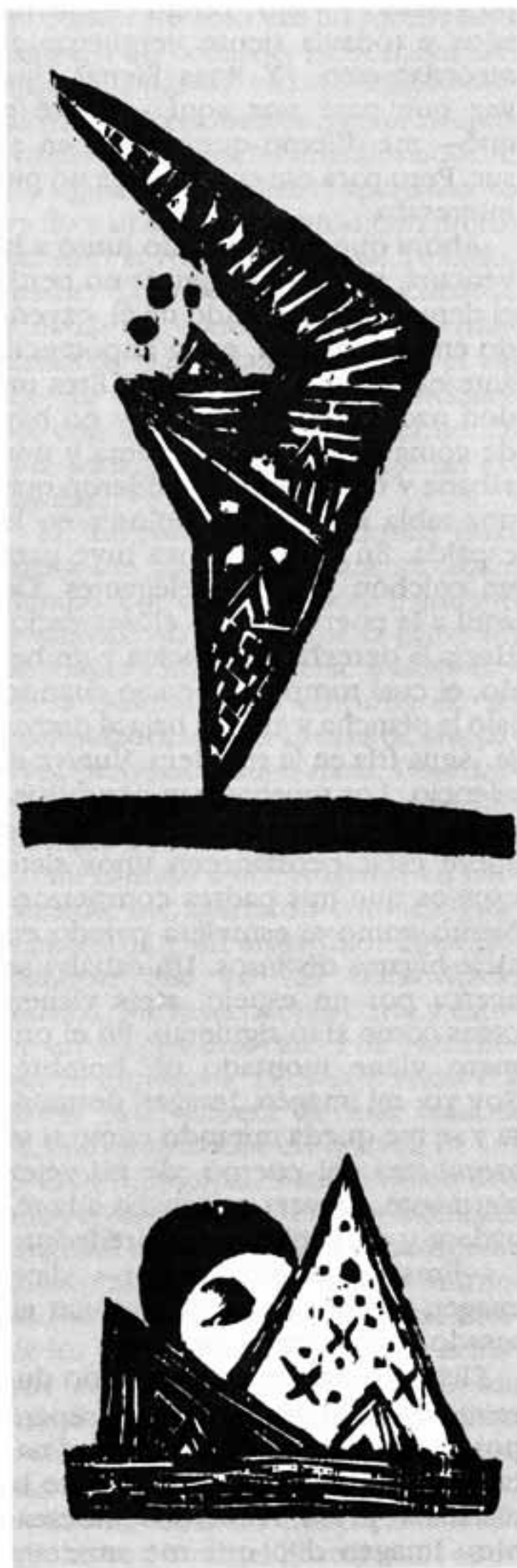
—Así verás lo que no existe. Mira, todo parece real y sólo se mueve por el diseño de nuestros ojos. A ti siempre te gustó lo transparente, bien, todo es de cristal. La gente que camina en las calles, los automóviles, el techo y las paredes, incluso yo mismo; los recuerdos y la melancolía y basta con un leve golpe para deshacerse de ellos. Pero tu soledad es de cristal, de ese grueso, opaco e irrompible.

Imagen vivía conmigo desde que era niño. Le llamé amigo. Los dos jugábamos con fichas que arrastrábamos como carros sobre el marco de la ventana, y montado sobre una bicicleta Imagen me empujaba por el cuarto. Muchas veces le pregunté por qué no vivía en el día. Nunca contestó, nunca le gustaron las explicaciones. Los dos éramos medio huérfanos, nuestros padres jamás estaban en la casa. Me gustaba mirar la lluvia desde la ventana, chupando dos dedos y riendo de cómo jugaban los demás niños en el patio. La vecina de abajo me invitó una manzana al extender la mano, yo me agaché para luego aparecer, pensando en que insistiera, pero ya no hubo vecina. Entonces llegaba Imagen con tortas y dulces que yo comía mientras él leía en voz alta *La máquina del tiempo*; le escuchaba sin comprender nada, pero con mucha atención. Eso siempre me lo reprochó; decía que yo era un niño superficial. Los dos íbamos a la misma escuela. A mí nunca me gustó y desaparecí un tiempo de ahí: el pretexto fue lo caro de las cuotas. En esos años no había escuelas de gobierno. Imagen tuvo que trabajar en la tienda de su tía y por eso se sintió fuerte e independiente,

capaz de comprar lo que le gustaba. Después su madre murió. No lloró, ni llorará jamás. Le gustaba mucho imaginar a Dios por la calle Revolución, acompañado de su madre que era muy guapa y sencilla. Nos saludaban y decían que no dejáramos de escribir. Pronto nos iban a llevar al cielo. El cielo es extenso y grande (¿vivirá allá la tristeza?). Luego Imagen hizo un papalote que elevábamos desde la azotea de un edificio. Era como una carta para que la leyera su madre, allá en el cielo.

Mientras yo estaba en la cárcel, Imagen fue a llenar la solicitud de ingreso a la Universidad de México. En su primera correspondencia decía que le gustaba su Facultad y que estaría más contento si yo estuviera allá, que iba a tener problemas para recibirse pues ése era su deseo, que le costó trabajo entablar amistad con sus compañeros, que tuvo miedo porque intuía que hablaban mal de su persona, que le gustó mucho. Puso puntos suspensivos y yo descubrí en esas líneas a una mujer de larga falda azul, delgada y de ojos negros. No le había hablado, pero se conformaba con verla por los pasillos de la Facultad y se sintió muy solo. ¿Por qué tendremos esa obsesión por los ojos negros?

Después no supimos nada de nosotros y no hubo correspondencia. Luego Imagen se casó y yo no estuve presente. Eso también me lo reprocha. Está mirando cómo la ropa abandona mi cuerpo. Le he dicho que conocí a una mujer parecida a la de la carta suya. Dice que fácilmente me ilusiono. A quien conocí tal vez le parezco simpático, diferente y a lo mejor también siente lástima por mí. Imagen siempre me hace titubear so-





bre lo que hago y deseo. La mujer de la que hablo es delgada y usa faldas largas. La delgadez puede ser un error en mi relación con las mujeres. Desprecio a las gordas y éstas son más tiernas; las delgadas generalmente se acuestan con el primer hombre que encuentran en el mundo. Rosa Elena también era delgada. Pero no temo a un nuevo desafío, ésa es mi forma de vivir, desafiando aunque fracase. Llevamos mucho tiempo frente a los espejos y siento bastante vergüenza cuando hablo de esa mujer, imagino su cercanía y su burla al pedirle el nombre, prefiero no saberlo. Diré que es la hermosa Falda Larga. Imagen piensa en regresar a México y terminar sus estudios en la universidad. Yo sé que volverá por la mujer descrita en una de sus correspondencias. Es un recuerdo atado a su cintura. Y hablaba de olvidar el pasado, cuando éste sirve para soportar la vida. Su mujer y la mía son de cristal. Cuando estoy frente a Falda Larga su sonrisa muerde la soledad y en sus ojos no se refleja mi impotencia. Es la reina de los espejos.

—Será reina pobre —dice Imagen al abrir la boca con aire de sueño—. Está afuera y no trae zapatos.

Es para que no la descubran y yo no me dé cuenta; con ella cambiará el destino. Uno siempre necesita el apoyo de alguien, y si es mujer mucho mejor. A veces pienso que no estoy perdido del todo. Conservo la amistad de Imagen. Tengo algunos conocidos en las ciudades que he visitado, en especial a Falda Larga, a quien veré la próxima semana en el cumpleaños de Imagen. Sé muy bien de lo cursi al hablar de amor a esta edad. Los nuevos sentimientos hacia una persona —incluso a los cincuen-

ta años— son como un poste que se levanta en un parque a colaborar con la luz.

Imagen regresa al espejo y quedamos de vernos en siete días. Me dieron ganas de dormir, pero sé bien que en la cama estaré dando vueltas y vueltas; me tallé los ojos y extendí el cuerpo sobre el suelo. Mis padres, el Amigo del Amigo y Rosa Elena llegaron por los otros espejos. Gritaban: que muera, que muera; y levantaban el puño como si estuvieran en la manifestación de un partido. Desnudo me sacaron a la calle, lanzaban el cuerpo al aire y luego recorrimos avenidas hasta que amanecí en un parque. Rosa Elena retrató mi cuerpo, había cumplido con su obsesión de retratarme desnudo, sin soledad. Se lo prometió al Amigo del Amigo. Comencé a soñar en la cabeza y en las manos colgadas atrás de la puerta de la casa. Voy a soñar. No, mejor dormiré donde sea. Sí, voy a dormir así como estoy. Y ya no habrá mañana.

Ayer dormí desde las ocho de la noche y como si hubiera bebido dos botellas de charanda, desperté con bastante sed. Las pesadillas son malas cuando se toman sin alcohol. ¿O es que he dejado de beber y me da por las visiones? Por cualquier cosa uno siempre está insatisfecho, es difícil encontrar a alguien conforme con su vida, hasta los más afortunados se aburren de la comodidad y buscan en las cantinas experiencias para su recta rutina. Hoy iré al registro civil a arreglar lo de mi acta de nacimiento. No tengo muchas ganas de visitar a los amigos. Todos, sí, todos han alcanzado buenas posiciones económicas y logros profesionales; sentiría pequeñez frente a ellos, y más si todavía siguen burlones. Los

burócratas trabajan hasta la una de la tarde, así es que tengo tiempo para pensar dónde comer algo. Poco. No me gusta desayunar mucho, con más pan, café y blanquillos se alimentan los recuerdos y luego estoy en el mingitorio vomitando todo. Compraré —como antes— dos bolillos y un litro de leche. Iré al supermercado de la calle H y de paso a la esquina donde me dejaba Rosa Elena. Presiento encontrarla al momento de comprar el periódico. Pero no, siento cansancio y entre cada cosa que me acuerdo bostezo y bostezo. Hago algunos abdominales y descubro que dormí sin calzón; el calzón molesta con el calor; además aquí a nadie le puede preocupar mi desnudez. Estoy bocabajo con los brazos pegados al cuerpo. Ojalá Rosa Elena estuviera debajo de mí. ¿Por qué la recordaré tanto? ¿O esta ciudad invita a hacerlo? Siempre dije que aquí a uno le entra remordimiento: cada poste, cada esquina, cada ruta de camión, cada nombre de tienda comercial, cada mujer que me recuerda a otra, cada cantina, cada policía con la mirada en mí, son como cicatrices en la espalda que no cierran. O tal vez nunca busqué a Rosa Elena y temo encontrarla y estar frente a ella como un tonto. No. Temo encontrarla vieja. ¿Estará con su vestimenta juvenil adentro de su coche? No sé. Pero dejó un tatuaje sobre mi frente, como de una ciudad sitiada por una princesa, por eso le tengo rencor a mi lugar de nacimiento. Estar frente a frente. ¿Existe algún significado después de largos años? Quizás lo conveniente sea olvidar el pasado pero entonces cómo lograr una explicación convincente de ella y sobre lo del Amigo del Amigo. Tal vez la relaciono con

la figura de Falda Larga. Y a ella ¿qué explicarle si me hallara con Rosa Elena? ¿Decirle que fue una broma lo del cumpleaños de Imagen —perder mi última ilusión por un simple recuerdo— cuando prometí con toda formalidad esperarla hoy en la central de autobuses, a las ocho de la noche? ¿Mirarla con sus maletas y yo con Rosa Elena dentro de su coche? Es difícil elegir entre un amor viejo y uno joven, joven en el sentido de que Falda Larga me complementa; es parte de mi cuerpo y no un objeto que está fuera de él, como esta Rosa Elena y como lo fue el gusto físico hacia ella. Sin embargo, tengo temor de otra búsqueda, de volver a la inseguridad juvenil. Las experiencias en lugar de enseñarme me han hecho un imbécil. En este momento iría al sur del país o al norte de Estados Unidos, sin saber a qué o con quién. Maldita Rosa Elena, ¿dónde andarás? Te pienso tan lejana y extraña que el hambre se me olvida, te veo bajar de tu coche y mostrarme los zapatos nuevos, te contemplo con la bata azul y el sobre de mi salario en las manos, te leo más cursilerías en un restaurante chino, te veo vencida ante el Amigo del Amigo, te veo solitaria y vieja: estás partida en dos, quizás por mi recuerdo.

Bajé a buscar algo de desayunar. Me doy cuenta que en esta ciudad la gente abre tarde los establecimientos. Son las nueve de la mañana y no encuentro un restaurante con las sillas alrededor de la mesa. Me asomo a uno y todavía están con las patas hacia arriba. He caminado por la calle Ocho hasta dar vuelta en la B y bajar a la Uno. Una patrulla pasa con borrachos de la Zona Norte, su resistencia es típica de esa zona. En ese

lugar es difícil ganar respeto y una cierta admiración. Yo me las gané a pulso. Río. Estaba loco, pienso. En una terminal de camiones están señores sentados y otros leen el periódico. Se nota que no han dormido y por la desesperanza en el rostro, se puede intuir que son mojados; pero en sus ojos también tienen la esperanza de cruzar la frontera. Son necios, como yo. Hasta siete veces al día me deportaban del otro lado. A veces siento respeto y admiración por aquella gente, menos por mí. Tal vez a Falda Larga no le agrada el ambiente de aquí. Para la hora de su llegada faltan unas ocho horas. Paso junto a la única catedral; hay mucha gente afuera y yo entro por el lado derecho, he olvidado la forma de persignarme y voy hasta la banca de adelante para que nadie se dé cuenta que sólo descanso mientras Falda Larga llega. La calma me tranquiliza, entonces el hambre toca las paredes del estómago, me lo aprieto.

Frente a mí tengo un bistec ranchero y una cerveza fría. La comida china nunca me gustó por lo abundante del platillo y lo poco que llena. Es barata, pero me incomoda estar rodeado de mucha gente desconocida. La comida de este restaurante también es barata y su especialidad es servirle a pocos clientes. Aquí sólo entran los vaqueros y como no estoy vestido como ellos ni siquiera me miran. Todo es sencillo: las mesas y las sillas son de madera, el plato es una tabla honda, el mostrador y una carreta que sirve de cantina, incluso la mesera que me atiende es solamente de labios pintados y un babero blanco. ¿Por qué me seguirán tan-



to las mujeres sencillas? El cantinero ordena a un señor iniciar la música. Tocó un corrido sinaloense y los vaqueros aplaudieron y llevaron el ritmo en las botas contra el suelo. Ya consumí tres cervezas y me percibo



colorado y caliente de la cara, como hace algunos años en la casa de Rosa Elena. Pago la cuenta y salgo.

A ese restaurante llevaré a Falda Larga antes de ir al cumpleaños de Imagen. Es un lugar natural y sin adornos. Ella me dijo que tenía interés por las costumbres fronterizas, en especial por la sencillez de la gente. A lo mejor aceptó la invitación por esa pose de asombrarse de lo distinto a la ciudad suya porque su único interés sea la forma en que los habitantes de aquí se adaptan a la vida americana. No debo olvidar que es maestra universitaria.

¿No habría sido la sencillez la causante de mi quietud, y de ahí la lástima que le causaba a mi padre y también a Rosa Elena? Esto me había llevado a ser un objeto y no un sujeto en la relación con mis conocidos. Después de todo ¿cuál es mi interés por Falda Larga? Simplemente la broma de decirle que yo poseo una imagen hablante y movable y que sólo nos diferenciamos por los sentimientos, una imagen capaz de cumplir cincuenta años sin aparentar su edad. Cuando se lo dije, los dos reímos. Pero al final aceptó diciendo que estaba loco. Atrás de esa aceptación voluntaria o inmediata se podría ocultar un afecto que fuera más allá de nuestra rápida amistad, y de ser así, ¿por qué había tomado esa pose de alegrarse con lo natural y sencillo?, ¿O sólo buscaba una nueva experiencia para platicarla con asombro a sus amigas universitarias? Sí, asombrarse de un hombre sin corbata y que todavía se enamoraba de sus pestañas hacia arriba. Estas preguntas me llevaron al Monterrey, único bar que desde siempre permanece abierto las veinticuatro horas del día.

Adentro, la noche no termina ni comienza. En el centro hay una pista como de un metro de altura, a su alrededor bancos y me siento sobre uno. Faltan como tres horas para la llegada de Falda Larga. Poco a poco entran clientes que inmediatamente piden cervezas al tomar asiento, luego ríen cuando una mujer llamada Érika sube a la pista. Un hombre a mi lado dice que es la mejor de todas las bailarinas. Érika va de un lado a otro moviendo las caderas, se quita la ropa y se puede ver que sí es una de las mejores, además le sonrío al público. Se detiene de una columna y comienza con su show: las piernas se abren y se cierran, sus nalgas suben y bajan, con esos movimientos podría excitar a un joven de veinte años. Sin embargo, los asistentes estiran las manos para tocarla; ella corresponde acercando el cuerpo y pide que alguien le bese lo que quiera a cambio de dinero. Se acerca adonde estoy sentado y le estiro doscientos pesos. Un hombre grita que él cobrará mi beso, luego da la vuelta a la pista y me llama: "Qué milagro, Luis". Yo no lo reconozco pero me levanto del banco como si me diera gusto encontrarlo.

—¿Verdad que Tijuana es más bonita que México?

Es Horacio, mi mejor amigo de la infancia, ya usa lentes y cabello largo, por eso no lo conocí de inmediato. Le pego con el puño sobre el hombro y le contesto: —Claro que sí.

Los dos soltamos la risa y nos damos un abrazo. Le platico que es asunto de papeles lo que me trae de nuevo a esta ciudad. "Ya hablas como mexiquillo", dice repitiendo lo que le platico. Le hago fintas con los puños como si tratara de golpearlo. Me invi-



ta a beber a otro lugar, se ha dedicado a conocer los bares y en la puerta le digo que en un cuarto de hora iré por una persona a la central de autobuses. No nos despedimos porque estará esperándome en su casa, tal



vez estaré con él en dos o tres horas o quién sabe cuándo.

Falda Larga va saliendo de la central camionera y en el momento de subir a un taxi, le agarro un brazo y le doy mi dirección al taxista. En el camino ella me dijo que se hospedaría en un hotel. Estaba muy contenta e incluso recargó su cabeza en mi hombro. Hablamos del paisaje que recorrió el camión antes de llegar a Tijuana; también de su largo viaje y de la forma en que migración revisa a los pasajeros. No se le olvidó mi promesa de presentarle e invitarla al cumpleaños de Imagen. La tuve tan cerca que por un instante me pensé un niño con su primer regalo de Día de Reyes. Mi plan iba en marcha: la haría hablar todo el tiempo posible para hacerla olvidar lo del hotel y luego dormiría con ella en la casa. Había vencido a la inseguridad, y la soledad y la tristeza se fueron al encenderse el motor del taxi. Íbamos a viajar unos veinte minutos. Esperamos este día con impaciencia y en mí hubo dudas que ni siquiera los recuerdos por la ciudad natal lograron calmar. Pronto estaríamos ella y yo, frente a frente como dos tontos, con mucho qué decir y timidez para decirlo. Había pasado horas de nostalgia y melancolía en esa casa del centro de la ciudad. Tenía derecho a la felicidad pero había olvidado a Imagen, con su encantadora vocecita al hablar y la cadencia de las manos al expresar el pensamiento. Advertí que Imagen atraería la atención de Falda Larga por el mismo nivel de preparación, y quizás por lo poco soñador y sentimental frente a la vida y con las mujeres; en el fondo a él sí le gustaban las mujeres delgadas. Imagen es más que yo por fuera y den-

tro. Comencé a tener celos, más bien temor a los celos porque el miedo recordaba la cobardía juvenil, y me lanzaba al origen del mismo: mi infancia, mi infancia inútil y tonta. En todo caso los celos se irían con Imagen y Falda Larga, pero el miedo, el miedo a la derrota, a la ilusión desfondada, al destino que me vencía por adaptarme a él, sí; sí, ese maldito miedo que me sigue como las noches a las calles, como la rabia a los perros y no muero, estoy vivo, involuntariamente vivo.

Falda Larga y yo desempacamos las maletas. Le dije con molestia que Imagen no vendría. No preguntó por qué. Dijo que mañana estaría conmigo todo el tiempo que quisiera. Salimos rumbo a un hotel. En la calle sentí que alguien nos seguía, volví la vista hacia los lados como cuando se tiene un presentimiento, más adelante miré hacia atrás y a unos cuantos metros, Imagen sonreía. Levanté los brazos en señal de triunfo y se desvaneció en el polvo, pero al mismo tiempo comenzaba a vivir en mí: en la magia y en la transparencia.

Cuando yo hablo, lo hago con la Imaginación. Y por muchas cosas que me pasen ella no me traiciona, es fiel e inseparable. La llevo conmigo como si fuera otro órgano de mi cuerpo, otro planeta en el Universo. Luego me permite hablar con quien yo deseo, escenificar todos los recuerdos para verlos con los ojos de cuando no eran recuerdos sino experiencias. Sólo es cuestión de dejarse llevar por ella, el único peligro es amarla y quedarse ahí, donde no hay tiempo ni espacio. Ya la tengo en mí, de algún modo se apodera de las manos, del pensamiento y comienzo a hablar con los ojos de entonces, en

este momento. Esta vez la llamaré Rosa Elena. Verdad que me contarás todo. Ahora habla. Respóndeme. ¿Por qué me abandonaste? Ella se sentía menospreciada. Era un recipiente en el cual caían todos los sentimientos y frustraciones de quienes la rodeaban, estaba harta de escuchar los sufrimientos de mi infancia. También en la maquiladora atendía las explicaciones de los trabajadores para laborar dos turnos. La habían convertido en un cuerpo moldeado por la ropa, nadie miraba más allá de su posición de gerente. Era mujer y sentía la necesidad de que también la escucharan; buscaba su libertad en otro, que le atendiera con atención.

¿Y por qué nunca me lo dijiste? Había sentido ternura y lástima. Le sorprendió mi disponibilidad para el trabajo. Que no reclamara nada. Verme comer solo en un rincón. Sin platicarle de novias, fiestas o borracheras como lo hacían los demás obreros. Miró mi soledad como se mira un pez en una pecera: desde afuera y sin incluirse ella. En el interior estábamos solitarios. El abandono le había creado un interés por mi vida, antes que un sentimiento. El apartamento le sirvió como una caja de metal donde guardaba sus secretos, y como nunca la escuché, no tuve derecho a abrirla, a penetrarla. Nos habíamos quedado en el simple gusto físico.

¿Eres feliz con el Amigo del Amigo? Lo abandonó. Él, se fue al otro extremo: veía en ella a un objeto del cual se puede disponer como una servilleta para limpiar lo sucio, la lujuria. Llegaba ebrio y la quería dispuesta. Ella muchas veces se resistió, pero unos golpes en la cara la ablandaban y volvía a abrirle las piernas

hasta que él quedaba satisfecho. El amor se le iba del cuerpo, quizás había nacido para amar pero sin unirse en la carne. Luego se fue al sur.

Qué tonto he sido. Lástima y ternura; desde cuándo la sinceridad y la sencillez hacen de un hombre un objeto que necesita protección. Sí, fui franco y sencillo con Rosa Elena, le mostré mis sentimientos y ella permaneció oculta, con la máscara de dureza frente a los obreros de la maquiladora o cuando me indicaba que dejara de ser "sentimentaloide" para pensar en el futuro sin sentimientos ni debilidades. Me sorprendió e incluso pensé que era demasiada mujer a mi lado. Pero todo era apariencia, como su misma ropa juvenil, estaba oculta en esas sonrisas constantes. Entonces me di cuenta que Rosa Elena había influido en mi vida como la frase de mi madre, pero nada más. Se lo platiqué a Falda Larga antes de entrar al hotel donde pasaría la noche. No le dio la menor importancia. Y me está mirando con los ojos de ahora. Tiene frío en las orejas y le levanto el cuello de la chamarra. Con el pelo corto y su figura delgada se ve más hermosa. Me abraza por la cintura y coloca la barbilla en mi pecho. Por primera vez en la vida —después de tantos años y a mi edad— siento que ya no doy lástima ni risa. Se lo agradezco. Entra al elevador y se va con la luz que marca los pisos del edificio. Baja en el once; la luz viene de regreso a la planta baja. No me canso de mirarla porque me acuerdo de su figura delgada. Si no la hubiera dejado no estaría donde está. Pero uno nunca sabe el futuro de las personas, estaríamos afuera platicando y sin embargo ya no la tengo. A veces uno es poca cosa frente al tiempo y

el tiempo se la había llevado en uno de sus vagones; sí, el tiempo es como un ferrocarril, en el que Falda Larga y yo vamos mirando desde la puerta cómo la gente huye de sus casas y se trepa a él, luego se llena y no cabemos y nos amontonamos y el ferrocarril va más rápido; nosotros preferimos saltar porque nos equivocamos al ir con los demás pasajeros; otro tiempo espera, quizás igual a nuestra lentitud de caminar y amar. Todo es sueño, todo es sueño, sólo existo yo, y ella quién sabe dónde estará con su falda larga y la pañoleta al cuello.

No tengo dónde ir después de que visito aquel hotel. Me da mucho sueño, el cuerpo guía las piernas en las calles, un perro pasa en sentido contrario al mío. La noche está sin espectadores; las luces de los anuncios publicitarios se pierden en el silencio; yo las veo e iluminan mi vacío; entonces la Imaginación quiere jugar conmigo; la arrojo a la calle como si fuera una pelota de pin pon. ¿Ahora quién soy, ahora quién soy, quién me habla y no existe? me estoy tapando el ojo derecho con un pañuelo; todo se mueve bajo el designio de mi otro ojo.

Te amo, Luis. Disculpa que no me haya entregado en el cuarto de tu casa. Bésame, Luis. No tengas miedo. Fuiste como una campana que alivió la monotonía del matrimonio. No me arrepiento de haber abandonado a mi familia, tú también lo hiciste porque nos encontramos y rebasamos esa máscara de la apariencia. Te conocí en poco tiempo y supe de inmediato que eras parte mía. Te amo y te amaré siempre. No te enojes, Luis; a lo mejor piensas que soy como una bailarina de cabaret, sí,

como esa Érika que me platicaste. No quiero dinero por mi cuerpo. Temo que nuestros cuerpos se conozcan desnudos y después de su contacto físico desaparezcan llevándose nuestro amor. Pensaste que me burlaba de ti como lo hizo Rosa Elena. Pero no; yo quería quedarme contigo aquella noche, quería que me impidieras salir, no con la fuerza sino con las palabras; a eso había venido, a quedarme contigo pero no hablaste; buscaba tu silencio y el silencio se rompió con mi huida. La vergüenza y la timidez te vencieron y te apartaron de mí. Ahora regresaré con mi familia a vivir en la casa de mi esposo pero ya no seré su esposa; voy a estar con mis hijos, dándoles ese amor que te pertenecía; pero qué saben ellos de amar si tienen el cariño de todo mundo, qué saben ellos de una madre con los sentimientos sepultados en esa tumba del matrimonio, del matrimonio de mi esposo. Oh, Luis; por qué no dijiste que me amabas. Mira ahora cómo limpio la mesa donde mi familia se sienta a comer, coloco cinco platos con sus respectivos tenedores y le sirvo a cada uno y sólo sé decir: "Ya no quieren más sopa"; luego los fines de semana vamos a algún parque y yo finjo alegría; jugamos y reímos, y yo finjo todo; la lluvia nos hace regresar al coche y adentro pienso en llegar rápido para preparar la clase de la universidad; adentro vamos tan juntos que yo me siento lejana y recargo la nariz en el vidrio de la puerta. Lluve. Me encanta la lluvia. La lluvia se lleva el tedio de las cosas. Mira, Luis; allá el olvido se mece en las hojas de los árboles. Me siento feliz. Entonces pienso: Soledad que te vas, con la noche volverás. Ahora te daré mi nombre.



Estás nervioso. No; mejor lo callaré, quizás al dártelo se vaya lo mágico de nuestro amor, su espontaneidad. Llámame otra vez Falda Larga.

Desperté sobre una banca de la calle Revolución, rodeado de una mañana inquieta. La música de una discoteque y el pleito entre dos americanos me llevaron a caminar hacia la aduana. Entonces pensé en la voz femenina de un altavoz de la central camionera: "Pasajeros con destino a Guadalajara, México, favor de abordar el autobús número trescientos once". Me veo subir a él, contento y acompañado, luego me siento junto a una de las ventanas y a mi lado va Falda Larga con un suéter rojo y el cabello corto y su inseparable sonrisa que me hace olvidar los recuerdos de esta ciudad, a la cual vine a arreglar mi acta de nacimiento y no arreglé nada. La memoria se impuso al presente y al futuro, o más bien mis recuerdos existen en la imaginación y no en el pasado, menos en el presente, el cual olvidé por completo. Sigo soñando como siempre, sí, soy un buen soñador y nada más.

Decidí recorrer —antes de partir— la calle que limitó mi infancia. Caminaba por la cerca que divide Tijuana del otro lado. Al llegar a un coche abandonado, vi mucha gente en círculo. Un señor de gorra azul, gritó: "Llamen a un médico"; otro en pantalón corto y sandalias tocaba a una ventana y decía: Se está muriendo; me acerqué por curiosidad, además no tenía mucha prisa; asomé la cara hacia lo que veían los otros espectadores. Era Horacio, el único sobreviviente de mi infancia. Me había buscado en toda Tijuana; supo que andaba todavía en esta ciudad y quería que nos viéramos. Sus padres no

le ayudaron a levantarse, llevaba una botella de alcohol corriente, la apretaba con una de sus manos; quise quitársela pero me miró como diciendo: "Con qué autoridad me quitas la libertad". Le había olvidado por los recuerdos y él era un recuerdo en el presente; el cuerpo se le iba paralizando poco a poco. Lo alcé por la cabeza y me dijo que no lo moviera; quería que estuviéramos frente a frente como dos hermanos; quería que lo llevara a un lugar apartado, a recordar lo de antes; de cuando abandonamos cada quien su casa, de cuando a los ocho años de edad le declaramos la guerra al destino; íbamos de un lugar a otro, asaltando americanos, traficando con extranjeros, burlándonos de la policía, sí, ése fue nuestro mejor juego, la burla pero como una venganza contra esta ciudad; entonces sentí mucho remordimiento y rencor, quise abofetear a quienes nos miraban, patearlos contra el suelo, escupirlos, gritarles que Horacio no me daba asco como a sus padres, se daba el lujo de morir con plena libertad; se sobresaltó como si le hubieran picado con mil agujas al mismo tiempo; no movía la vista y entonces me recordó a mi padre: "No le estoy pegando y ya está llorando"; apreté los labios para que nadie me viera y sin embargo lloraba en silencio; la vergüenza y la timidez que antes me habían impedido amar, ahora me impedían el dolor. Horacio se me estaba muriendo por olvido, lo cargué entre mis brazos y caminé varios metros en medio de gente que insistía en verle la cara; a mi espalda venían sus padres; dos patrulleros me abrieron camino hasta la puerta abierta de una camioneta, que de seguro, nos llevaría a la Cruz Roja.